

de una alianza programática. Su sentido nos remite nuevamente al concepto de organicidad que hemos explicado líneas arriba.

Cabe señalar por último, el grado de compenetración dialéctica que Gramsci les da a los conceptos de *crisis orgánica* y de *bloque histórico*: ambos forman categorías de sucesión histórica y a la vez señalan fenómenos de naturaleza contradictoria, ya que los bloques adoptan determinada forma con arreglo a las salidas que los sectores dominantes han podido encontrar para las crisis, al tiempo que el propio devenir conflictivo y contradictorio del bloque suscita las situaciones de crisis.

## Rompiendo tradiciones: la renovación historiográfica de la Historia Social

MARIANA BORTOLOTTI

"En tales tiempos se celebrará  
A quienes permanecieron sentados en el suelo, escribiendo,

Sentados entre los pequeños,  
A quienes hablaron de los sufrimientos de los pequeños,

A quienes hablaron de las acciones de los luchadores,  
Con mucho arte, en lengua noble

Antaño reservada  
A la incensación de los reyes."<sup>1</sup>

Bertold Brecht

La historia social se abrió paso, en las décadas centrales del siglo XX, enfrentada a las formas dominantes de concebir y escribir la historia y guiada por la pretensión de dar cuenta de *los sufrimientos y luchas pasadas de los pequeños*. En pos de restituir "la cara humana del pasado", la historia social buscó rescatar las trayectorias de los "hombres y mujeres comunes" que con su trajinar cotidiano entretejen el devenir de las sociedades.

Con la aspiración de superar la mirada estrecha del historicismo, centrada en las acciones y pensamientos de los "grandes hombres", los historiadores sociales emprendieron la revisión de los presupuestos epistemológicos sobre los que se erigía la disciplina. En su crítica al trasfondo positivista de los postulados de la neutralidad valorativa iniciaron un fructífero diálogo con las demás ciencias sociales, en especial con la sociología, la antropología y la economía.

La historia social posibilitó la apertura de la disciplina a nuevos campos de investigación, nuevos sujetos, nuevas concepciones de la temporalidad y de las formas de organización y transformación de lo social. Se fueron ampliando los límites de la ciencia histórica, a la par que se multiplicaban los

<sup>1</sup> Extracto del poema "La literatura será sometida a investigación" citado en GISSELBRECHT, André *Introducción a la obra de Bertold Brecht*, Siglo Veinti, Buenos Aires, 1958.

intereses y búsquedas teóricas y metodológicas. Compartiendo el enfoque *social* se desplegaron variadas perspectivas, en consonancia con anclajes teóricos, políticos o de marco nacional diferentes, que han contribuido en mayor o menor medida a complejizar nuestro conocimiento acerca de las sociedades del pasado.

### Primeros desafíos al paradigma decimonónico Los orígenes de la Historia Social

La profesionalización del oficio de historiador y el ingreso de la historia al dominio de las ciencias, procesos consolidados a mediados del siglo XIX, fueron obra de la Escuela Historicista alemana, la primera en aportar fundamentos teóricos y dotar de objeto y método propio a la historiografía. Esta corriente opuso a las generalizaciones mal documentadas y especulativas, vigentes hasta ese momento, la determinación de los *hechos* a partir de una serie de criterios empíricos que permitieron la valoración de los documentos escritos y el desarrollo de las técnicas auxiliares necesarias para la labor de crítica y verificación de los mismos. Leopold von Ranke, el principal impulsor de esta corriente, sostenía que la historia debía contar “lo que realmente ocurrió” y las huellas de aquellos acontecimientos debían rastrearse en las fuentes documentales que atesoraban los Estados nacionales, el pasado estaba contenido en los documentos y allí donde no se encontraran registros oficiales no había posibilidad de historia. Así entendida, la ciencia histórica reducía su campo de interés al acontecer político, a la diplomacia y el “arte de la guerra” en correspondencia con las funciones de integración político-nacionales que fue llamada a cumplir en un tiempo signado por la formación y consolidación de los Estados nacionales en Europa.

Nacido de la reacción prusiana ante el avance de las transformaciones capitalistas, este paradigma se difundió entre las universidades europeas donde se afianzó en su enfrentamiento con un Positivismo que, dominante en la naciente sociología, intentaba expandir su influencia a las restantes ciencias sociales. Mientras la sociología positivista buscaba explicar la historia partiendo de leyes del desarrollo y de un determinismo evolucionista para la construcción de generalizaciones abstractas, el Historicismo privilegiaba la descripción de la dinámica externa e interna de la vida de los Estados y las acciones de los “grandes hombres” y las instituciones que los cobijaron frente a los factores económicos y sociales que en escasas ocasiones eran considerados de relevancia. Esta historia *historicista* mantuvo su posición dominante hasta entrado el siglo XX, resistiendo los embates de las florecientes ciencias

sociales y rehuyendo la incorporación al relato histórico de elementos que excedieran lo político.

Para fines del siglo XIX no quedaba rincón donde el capitalismo no hubiera expandido su lógica de explotación y dominio, las consecuencias de pauperización de los sectores populares ya eran patentes en los principales centros industriales y las transformaciones tecnológicas se imponían en la dinámica cotidiana, en este contexto emerge entre algunos historiadores la convicción de que la historia debía dar cuenta de los diversos aspectos —sociales, económicos y culturales— que rigen una época más allá de la actuación política de los gobiernos. Declaraban la insuficiencia de la pura narración de acontecimientos y postulaban la necesidad de vincular a la historia con las demás ciencias sociales. Frente a la historia política que pregonaba el historicismo, no resulta sorprendente que los primeros intentos que surgieran como reacción, para corregirla o complementarla, estuvieran enfocados hacia aquellas formas de asociación cuya naturaleza no fuera particularmente política —familia, estamento, clase. Bajo una misma denominación, Historia Social, salieron a la luz distintas propuestas historiográficas que compartían “un olor oposicional”<sup>2</sup>: en el plano científico, buscaban rescatar lo reprimido por la historia general y, respecto al ámbito político, sostenían una mirada crítica acerca de a las condiciones de vida de las mayorías, inquietud que se tradujo en el interés por la historia del “hombre común”, los trabajadores y del movimiento obrero.

Las preocupaciones que guiaban estas propuestas cargaron a *lo social* de contenidos diversos. Por un lado, una primera vertiente comprendía a la historia social como historia de las “clases bajas” y de los movimientos de pobres y trabajadores y se dedicaba, puntualmente, a la historia de las ideas y organizaciones obreras y socialistas. Por otro lado, una segunda vertiente estaba integrada por quienes entendían bajo la misma denominación todas las actividades humanas que se desenvuelven en el plano de lo cotidiano, las “maneras” o “costumbres”, sin dirigir la mirada a un sector en particular sino a la vida cotidiana del colectivo social. Una última acepción combinaba lo social con lo económico, denominándose historia económica y social, se caracterizó por el predominio analítico del primer término, entendible dado el avance de la economía entre las demás ciencias sociales.

El interés por las “clases bajas”, sus ideas y organizaciones políticas nucleó a aquellos historiadores que adscribían a ideas radicales o socialistas y

2 KOCKA, Jürgen *Historia social. Concepto, desarrollo, problemas*, Alfa, Barcelona, 1989, p. 82-83.

que, por lo tanto, comprometían allí temas de importancia no sólo intelectual sino también política. En esta historia "radical" o "popular" se reconoce la llegada de las ideas de Karl Marx al movimiento obrero y a los partidos políticos socialistas que comenzaban a publicar y difundir sus escritos. La teoría marxista iniciaba asimismo su lenta penetración en las academias por la vía de ciencias sociales como la economía y la sociología donde al momento de estallar la Primera Guerra Mundial ya era reconocida como una teoría social influyente en numerosas investigaciones.<sup>3</sup> Estos historiadores radicales se inspiraron, a su vez, en autores anteriores que, como Jules Michelet, John R. Green<sup>4</sup> y Georges Lefebvre,<sup>5</sup> fueron los primeros en incorporar al "pueblo" como actor colectivo al relato historiográfico. El desafío contenido en la propuesta de escribir "una historia no de los Reyes o Conquistadores ingleses sino del Pueblo"<sup>6</sup> sería retomado en la segunda mitad del siglo XX por un grupo de historiadores marxistas británicos, que reconocieron la filiación de su "historia desde abajo" con la historia "popular" del siglo XIX.

Quienes intentaron una historia de las actividades humanas dejadas de lado por la historia política, los "usos y costumbres" en la vertiente angloamericana, el ocio y la vida cotidiana, no se ocuparon en particular de las "clases bajas" y dejaron una impronta reconocible en cierta visión residual de la historia social que excluyó del análisis no sólo a la política, sino también a la economía y las ideas. La llamada "historia de la cultura" desarrollada en Alemania, si bien abordaba temáticas similares, se distinguió por constituir uno de los primeros intentos de construcción de una síntesis histórica con una mirada totalizadora de la realidad social que buscaba dar cuenta de cada aspecto de la historia sin privilegiar el político, aunque sin excluirlo, y proporcionar explicaciones causales posibilitando la comparación de casos. Karl Lamprecht denominó esta corriente como "historia de la cultura en sentido amplio" y la caracterizó como un análisis histórico de síntesis de las "estructuras psicológico-co-sociales" donde integraba las dimensiones económicas, sociales, políticas, espirituales y artísticas y donde, desafiando abiertamente los preceptos historicistas, intentaba establecer las leyes del desarrollo histórico. Por su parte, el

3 CASANOVA, Julián *La historia social y los historiadores*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 50.

4 Jules Michelet, francés de ideas republicanas, y John R. Green, inglés, fueron historiadores prominentes del siglo diecinueve.

5 George Lefebvre fue un destacado historiador marxista francés de ideas socialistas, cuya obra sobre los inicios de la Revolución Francesa, *Ochenta y nueve*, fuera prohibida por el régimen de Vichy.

6 Tal era la propuesta de Green en su *Short History of the English People* de 1887.

historiador de la economía Eberhard Gothein entendía la historia de la cultura como la descripción del devenir de los pueblos, de las ideas y la vida cultural general; así mismo, Ernest Bernheim la definió como "la historia del hombre en sus actividades como ser social, en todos los tiempos y en todos los lugares, en el contexto unitario del desarrollo".<sup>7</sup>

Esta historia social como integración de campos históricos especiales que trascendían la esfera política gozó de cierta popularidad en los años finales del siglo XIX; sin embargo, para comienzos del nuevo siglo, sus falencias teóricas y metodológicas habían neutralizado su potencial crítico frente a la aún imperturbable historiografía académica.

En la Francia del 1900 se hizo el primer intento serio de vincular a la historia con las nuevas ciencias sociales, en especial con la sociología, de la mano de Henri Berr y su *Revue de synthèse historique*, revista de la que fuera fundador y editor. Desde sus páginas se impulsaba una labor interdisciplinaria entre la historia, la geografía de Vidal de la Blanche, la economía y la sociología de François Simiand y Émile Durkheim. Si bien no tuvo buena recepción en sus días, su ejemplo sería tomado por la generación siguiente de historiadores, considerados los "verdaderos padres de la historia social" francesa y cuya propuesta se desplegará en otra revista que cobraría una gran fama y trascendencia internacional, *Annales d'histoire économique et sociale*. Marc Bloch y Lucien Febvre, fundadores y máximos representantes de la etapa inicial de *Annales*, dirigían su ataque contra la historia política, narrativa y *acontecimental*, proponiendo en cambio una historia económica, social y mental.

*Annales* entendía la historia como una ciencia social, distanciada por igual del ideal comtiano y de la historiografía tradicional, como "el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas con otras".<sup>8</sup> Para construir esta "sociología del pasado" la historia contaba con los aportes de la economía, la demografía y los análisis estadísticos cuya información permitía llegar a conocer las estructuras profundas de las sociedades

7 "Justamente", afirmaba Bernheim, "por eso no queremos considerar la historia política como un apéndice secundario de la historia de la cultura, pero tampoco queremos rebajar a ésta a la categoría de producto accesorio de aquélla. Evitarnos tal parcialidad utilizando la expresión 'social'; pues la política y la cultura son, en igual medida, productos de la socialización humana." Citado en KOCKA, Jürgen *Historia social...*, cit., p. 84-86.

8 FEBVRE, Lucien *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona, 1975, p. 40.

del pasado, a diferencia del relato fáctico del historicismo con su apego a la letra del documento.

Entendida en los términos precedentes, *Annales* queda comprendida en la última vertiente de *la social* que comprendió, en asociación con *lo económico*, la exploración de regiones ignoradas por la historiografía académica de la época, iniciando caminos que condujeron a algunas de las líneas más importantes de la moderna historia social. Por otro lado, en la vertiente económica y social coincidieron historiadores de diversas procedencias: académicos como el belga Henri Pirenne, de orientación sociológica como el alemán Kurt Brey-sig, historiadores radicales y socialistas como los británicos G. D. H. Cole y Nicholas G. L. Hammond, en muchos de los cuales es claramente distinguible la influencia de las lecturas marxistas. A la aparición de *Annales*, en 1929, habría que agregar a su antecesora en el medio francés la *Revue d'Histoire Économique et Sociale* (1913), a su vez, la pionera alemana *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* (1893) —*Revista Trimestral de historia social y económica*—, y la británica *Economic History Review* (1929) la única que no incorpora el vocablo social a su título, ejemplos todas de los nuevos rumbos historiográficos que comenzaban a abrirse y de la necesidad de generar espacios propios para su difusión.

El panorama historiográfico de Estados Unidos para esta misma época presentaba algunas particularidades notables. En principio, hay que destacar que se difundió más velozmente que en el continente europeo la visión de la historia como una ciencia social mas que podía aportar al descubrimiento de las leyes del desarrollo humano y en esa búsqueda creyeron posible combinar las ideas rankeanas con las leyes de causalidad de Lamprecht. La *New History*, como la llamaron, recurría a las ciencias sociales como caja de herramientas metodológicas y conceptuales y tuvo entre sus máximos representantes a James Harvey Robinson, Frederick J. Turner y Charles Beard. En sintonía con la historia radical inglesa, estos autores rechazaban la preeminencia de lo político y la forma narrativa del discurso histórico oponiendo una historia del “hombre común” que no se detuviera a relatar las “gestas” de los gobernantes, consideradas “detalles triviales” que no daban cuenta del curso de la historia.

Más allá de lo limitado del impacto en su tiempo, estos desafíos a la tradición construyeron los cimientos sobre los cuales se erige la Historia Social tal como la conocemos actualmente: colocaron en primer plano a la *sociedad*, tanto sea entendida como diferencia entre individuo y Estado o como sistema total. Asimismo, postularon la importancia de las *estructuras* y los *procesos* frente a los acontecimientos, acciones y personajes individuales. Al acento en

las personalidades, en lo “genial-individual”, la naciente historia social buscó oponer el análisis de las “situaciones colectivas” de la historia.<sup>9</sup>

### Cambiar el paradigma

#### La consolidación de la Historia Social

En 1971, el historiador británico Eric Hobsbawm sostenía en su famoso ensayo “De la historia social a la historia de la sociedad” que aquel “era un buen momento para ser historiador social”, traduciendo en pocas palabras el arduo trabajo que comenzaba a hacerse visible en revistas especializadas, encuentros y, en menor medida, instituciones universitarias que nucleaban a aquellos historiadores e historiadoras que se reconocían bajo la gran bandera de la Historia Social. En su escrito, Hobsbawm señalaba como factor clave de este crecimiento que se iniciara en la segunda posguerra al cambio de inclinación de las ciencias sociales, tradicionalmente refractarias a pensar la dimensión temporal de los fenómenos. Las experiencias vividas bajo los fascismos y el trauma de la Segunda Guerra Mundial junto a las luchas contemporáneas de las colonias y semicolonias por su independencia política o económica habían operado como llamada de alerta para la economía, la antropología y, especialmente, la sociología respecto a la importancia de pensar los problemas de las transformaciones sociales. En este sentido, si en los años de entreguerras fueron aquellos historiadores que no se reconocían bajo el paradigma tradicional quienes intentaron un acercamiento, muchas veces acrífico, con las ciencias sociales —el mismo Hobsbawm reconoce que hasta los años ’50 la historia social no sólo estuvo influenciada por los métodos y técnicas de otras disciplinas sino también por sus preguntas<sup>10</sup>—, en las décadas posteriores serán éstas las que comenzarán a buscar en la historiografía claves explicativas de su contemporaneidad.

Esta interrelación entre historia y ciencias sociales se había materializado primeramente en Francia —visible con la conformación de la Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Études en 1946 a cargo de Lucien Febvre, que luego tomaría el nombre de École des Hautes Études en Sciences Sociales—,

9 Particularmente en torno a la obra de Lamprecht, y su intento de escribir una “historia de las situaciones tanto materiales como espirituales” que le valió la acusación de “materialismo”, la discusión se centró en la oposición entre historia individual e historia de situaciones, historia de los acontecimientos e historia de las estructuras. Véase KOCKA, Jürgen *Historia social...*, cit., p. 90.

10 HOBBSBAWM, Eric “De la historia social a la historia de la sociedad” en *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998, p. 88.

remarcando la particularidad del caso francés donde la institucionalización y, por consiguiente, la legitimidad y amplia difusión de su publicación —*Annales d'histoire économique et sociale*— fue un proceso sistemático que al cabo de pocos años logró colocar a la historia *annalista* como el nuevo paradigma.

En otras latitudes, los avances fueron menos espectaculares, más lentos y dificultosos. En la Gran Bretaña de Hobsbawm, si bien *Past and Present* —revista que fuera pensada como órgano difusor de las nuevas tendencias en ciencias sociales y en historia—, se editaba desde 1952 y en 1976 se le sumarian *Social History* e *History Workshop*, el ingreso a las aulas universitarias era un proceso recién iniciado en el año de escritura de su ensayo. Otro tanto pasaba en Alemania, más específicamente en la República Federal alemana, donde la experiencia de la dictadura nazi y la derrota bélica habían contribuido a restar adeptos a las visiones estatales e idealistas que, por otro lado, se habían mostrado insuficientes a la hora de dar cuenta de los fenómenos de masas. Se abrió así la posibilidad de gestar cambios en la perspectiva historicista dominante y apostar por una comprensión de los procesos y estructuras sociales y económicas como los generadores de transformaciones políticas, ideológicas y culturales. El acercamiento a las ciencias sociales que proveyó de métodos, modelos y teorías y el fin del aislamiento intelectual que abrió las puertas a los últimos desarrollos historiográficos franceses e ingleses terminaron por desarrollar las resistencias tradicionales para pensar los fenómenos supraindividuales. En las décadas de 1960 y 1970 la presión de la protesta social y el renacer de la teoría marxista dotaron, finalmente, de “tonos políticos” a la historia social que propugnaban algunos grupos, ciertamente minoritarios, de jóvenes historiadores. Esta vertiente de la historiografía se pensó a sí misma como una “pedagogía político-social con propósito emancipatorio”<sup>11</sup>, asumiendo un compromiso moral en el ejercicio de la profesión. El objeto de estudio de esta nueva generación girará en torno a “las masas silenciadas” por la historia tradicional.

Más allá del ánimo optimista de algunos autores, y atendiendo a la advertencia del historiador español Julián Casanova, no hubo “milagro” que convirtiera a todos los historiadores historicistas a la nueva fe.<sup>12</sup> Siguieron —y siguen— existiendo quienes bajo la única pretensión de reconstruir las acciones de los grandes hombres, ajenos a las teorías de las ciencias sociales, en particular refractarios a los conceptos del materialismo histórico, se sostuvieron

en lugares para nada marginales del escenario académico. El mismo término historia social, por otra parte, no perdió su carácter polivalente y lo producido bajo su ala resultó de diversa valía.

**La historia social y las ciencias sociales: una sucesión de desencuentros**  
Los vínculos entre la historia y las ciencias sociales nunca han sido sencillos, cuando los historiadores sociales recurrieron a ellas en busca de fundamentos teóricos en su enfrentamiento con el historicismo, las ciencias sociales atravesaban un período particularmente renuente respecto a considerar la dimensión procesual de los fenómenos. Así, las claves teóricas para el análisis histórico presentes en la obra de importantes pensadores de lo social como Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber permanecieron inaccesibles, durante buena parte del siglo veinte, para unas ciencias sociales de matriz profundamente positivista.

La segunda generación de *Annales*, hacia los años '50, continuaría la labor de acercamiento iniciada por Bloch y Febvre, en el momento de pleno auge del estructuralismo tanto en la sociología como en la antropología, la resultante fue la aplicación acrítica de conceptos y métodos propios de diversas disciplinas que resultaron, en gran medida, infructuosos para el análisis histórico. Sin embargo, para fines de los años '60 y comienzos de la década siguiente se invirtió la dirección del interés y fueron los sociólogos, en especial los norteamericanos, los que recurrían a la historia social atraídos por sus “éxitos” en áreas de interés para la disciplina —como los estudios sobre familia, demografía, movilidad social o estructuras urbanas basados en métodos cuantitativos—, resultando significativa la difusión lograda por *Annales* en Estados Unidos.

Por esos años, la rebelión de los jóvenes, el movimiento por los derechos civiles, el feminismo de la Segunda Ola y las luchas revolucionarias en el llamado “Tercer Mundo” pusieron en crisis el modelo de “modernización y desarrollo” reclamando la atención de los analistas sociales hacia los procesos de cambio y transformación. Surgió una “explicación alternativa” que resaltaba la política imperialista del capitalismo central como el motivo principal del carácter “atrasado” o “subdesarrollado” de los países pobres, el presente se entendía como resultante de las luchas del pasado, un pasado del que los cientistas sociales debían dar cuenta.

Resulta significativo señalar que la matriz de los modelos teóricos que desplegaron mayor influencia sobre los historiadores sociales provenían del siglo XIX: el materialismo histórico de Karl Marx o teoría del cambio revolu-

<sup>11</sup> KOCKA, Jürgen *Historia social...*, cit., p. 95.

<sup>12</sup> CASANOVA, Julián *La historia social...*, cit., p. 67.

cionario y el evolucionismo. La propuesta de Marx proporcionaba un modelo de transformación histórica a partir de los cambios en el "modo de producción social", en el que se conforman las "relaciones sociales" correspondientes a una determinada etapa del desarrollo de las "fuerzas productivas" con las que, esporádicamente, entran en conflicto. Este antagonismo latente en la estructura de la sociedad, entre fuerzas productivas y relaciones de producción, se manifiesta como conflicto entre las clases sociales, siendo esta lucha de clases el verdadero "motor de la historia", generador de transformaciones que pueden afectar a la totalidad de la estructura social —a la base económica, la superestructura y las formas de conciencia.

Los desarrollos más importantes de la historia social marxista se sucedieron en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos desde los años '50, con mayor trascendencia en los '60, de la mano de historiadores como los británicos Christopher Hill, E. P. Thompson y Eric Hobsbawm, el noruego George Rudé y el francés Albert Soboul, cuyas investigaciones se han ocupado fundamentalmente del proceso de transición del feudalismo al capitalismo en distintas latitudes, de los ciclos revolucionarios de los siglos XVIII y XIX y del proceso de conformación de la clase obrera, y como el norteamericano Eugene Genovese que ha trabajado sobre la esclavitud negra en Estados Unidos. La propuesta de estos historiadores supuso la incorporación de los aportes de los autores marxistas de entreguerras que, como Antonio Gramsci, Karl Korsch y Georg Lukács entre otros, emprendieron una revisión crítica de las interpretaciones más cristalizadas y deterministas del, como algunos de ellos lo llamaron, "marxismo vulgar".<sup>13</sup>

En cuanto a las teorías evolucionistas, en su versión clásica de la mano de Comte, Spencer y Durkheim, compartían la percepción de que las sociedades humanas se desarrollaban desde un grado de organización simple y primitivo, siempre en grado ascendente, hacia uno complejo y estructurado. Bajo esta idea se asumía que las transformaciones evolutivas eran inherentes al sistema e inevitables sus consecuencias; se negaba así, ya sea por innecesaria o por estéril, alguna cualidad transformadora al hombre. Este modelo adoptó en el siglo XX el nombre de funcionalismo, una "teoría del equilibrio" de acuerdo al norteamericano Talcott Parson, que considera que los "sistemas sociales" tienden al equilibrio y que el cambio social es el movimiento de un estado de equilibrio a otro. Así, existiría armonía entre los componentes del sistema, la

<sup>13</sup> La perspectiva de la historia social marxista, puntualmente la línea británica, se encontrará desarrollada en otro capítulo de este libro.

cual sólo se vería afectada por la aparición de algún agente externo. En definitiva, al postular a las sociedades como conjuntos armónicos y con tendencia al equilibrio, esta teoría no logra explicar la pervivencia del conflicto y los procesos de cambio a través del tiempo.

La noción de equilibrio sistémico junto a otras nociones de raíz estructuralista fueron tomadas por la segunda generación de *Annales*<sup>14</sup> y aplicadas al análisis histórico. La obra de Fernand Braudel puede considerarse, en parte, como una respuesta a los embates del estructuralismo de fines de los años '50. Puntualmente, una respuesta dirigida a las críticas que el antropólogo francés Claude Lévi-Strauss realizara acerca de la limitación de la historia al plano de la empiria y su supuesta imposibilidad de modelizar.<sup>15</sup>

Con su conceptualización tripartita de la temporalidad, Braudel apeló a aquello propio del historiador, la duración, para adaptar el "modelo estructural" a la propia disciplina. Así, identificaba la "larga duración" con el nivel estructural haciendo hincapié en el fenómeno de la duración, por sobre el "tiempo social" y el acontecimiento o "tiempo individual". Dicha concepción presenta el inconveniente de reforzar los fenómenos de duración por sobre los cambios, debilitando el análisis de las transformaciones. En la historia braudeliana los hombres resultan víctimas pasivas del peso que estructuras como la geografía, el clima o las "mentalidades" ejercen sobre ellos, impidiéndoles ser protagonistas de su propia historia.

### Temas y problemas de la Historia Social

Desde un punto de partida común, el carácter reactivo frente al paradigma historicista y la pretensión de rescatar "la cara humana del pasado" situando a los "sectores populares" en el rol protagonista, definir qué implicaba efectivamente hacer historia social, qué tipo de conocimiento construía y desde cuál perspectiva teórica, siguió siendo una cuestión controvertida. Esta persistente dificultad para definir la incumbencia del término y el objeto de estudio que le correspondiera procedía, como han reconocido sus principales representantes,

<sup>14</sup> La cercanía de *Annales* a los planteos de las ciencias sociales, y en especial de la antropología, se remonta al período inicial de la revista. En efecto, los padres fundadores de *Annales* habían tomado el concepto de "mentalidad" de la obra del antropólogo Lucien Lévy-Bruhl, cuyos planteos concebían a las sociedades "primitivas" como estáticas y tendían a reducir el problema del cambio histórico a la dualidad primitivo-moderno.

<sup>15</sup> Véase al respecto: DOSSE, François *La historia: conceptos y escrituras*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2003; e *Historia del estructuralismo. Tomo I: El campo del signo*, 1945-1966, Akal, Madrid, 2004.

de la falta de acuerdo acerca de qué se entendía por sociedad y, en consecuencia, cómo debía ser abordada analíticamente.

En la respuesta que cada vertiente instrumentó puede rastrearse la presencia de las teorías sociológicas y antropológicas vigentes en esos tiempos que fueran mencionadas más arriba. Si se define a la sociedad como agregación de individuos entre los que existen relaciones más o menos causales, se tratará de una conceptualización meramente instrumental que no refiere a una "cosa real". Este ha sido el camino emprendido por los defensores de una historia cuantitativa, los llamados "cliómetras" —para quienes la historia debe ocuparse de computar, mediante procedimientos "científicos", los acontecimientos individuales— y por los "individualistas" —que entienden su labor como "una mera reconstrucción interpretativa de las experiencias perceptibles del 'pueblo llano'" <sup>16</sup>.

Otras teorizaciones de carácter más general o global, en las distintas variantes disciplinares —desde Francia la lingüística de Saussure, la antropología de Lévi-Strauss, la filosofía de Althusser y la segunda generación de *Annales*; desde Estados Unidos la sociología funcionalista de Merton, Parson y Smelser; historiadores marxistas de diversas procedencias— han concebido a las estructuras como la totalidad de lo social o partes o niveles que componen la sociedad y que existen independientemente de los individuos. Entre las vertientes más "holistas" de estas teorías podemos ubicar la historia braudeliana que, combinando el funcionalismo de Parson y el estructuralismo de Lévy-Strauss, presenta a la estructura como causante de su propio devenir. El abordaje de tal fenómeno requiere atender a las entidades e instituciones generales y sus vinculaciones, relegando las acciones individuales.

Por otra parte, quienes postulan la importancia de la conexión entre la acción colectiva e individual y el devenir de las estructuras, definen a la sociedad como un todo estructurado, un conjunto relacional independiente aunque "suntamente integrado" que reúne una colectividad de individuos. Aquí, como ha sostenido Raymond Williams, la estructura determina "los límites y ejercicios de presiones" dentro de los cuales se desarrolla la acción de los sujetos. Esta perspectiva la encontramos en los trabajos de los historiadores marxistas británicos que se han encargado de destacar en la historia las posibilidades de agencia, que aunque mínimas siempre existentes, en especial de los sectores más marginales de la estructura social. El riesgo latente en esta propuesta reside en la dificultad de sostener el equilibrio entre determinación

16 CASANOVA, Julián *La historia social...*, cit., p. 74.

estructural y voluntad individual que aliente una comprensión más compleja de los procesos históricos.

Siguiendo estos lineamientos conceptuales, los principales desarrollos de la historia social pueden ser agrupados en torno a dos tipos de definición: una definición amplia, de tendencia totalizadora y estructural, y otra limitada, que concibe lo social como campo diferenciado y se restringe a la descripción de grupos sociales o aspectos particulares de la vida en sociedad, igualmente ignorados por la tradición decimonónica.

Esta última concepción mencionada, de la historia social como historia del campo especial de "lo social", asimilable en su parcialización a la historia económica, política o militar, presupone una diferenciación entre el estado, la sociedad y la economía difícil de sostener a lo largo de la historia, en tanto dicha diferenciación es un fenómeno histórico en sí mismo. Esta vertiente se ha ocupado de problemas tan diversos como el movimiento obrero, las relaciones entre empresa y trabajadores, los procesos de profesionalización, asociaciones, comportamiento social en el tiempo libre, mentalidades, historia de las mujeres, entre muchos otros temas.

En rechazo a esta concepción estrecha y parcial de lo social, Hobsbawm apostaba en su ya mencionado ensayo por una definición ampliada, en la cual "la historia social nunca puede ser otra especialización como la historia económica u otras historias con calificativo porque su tema no puede aislarse. (...) los aspectos sociales del ser del hombre no pueden separarse de los otros aspectos de su ser, excepto incurriendo en una tautología o en una extrema trivialización. No pueden separarse, durante más de un momento, de la manera en que los hombres obtienen su sustento y su entorno material. No pueden separarse, ni siquiera durante un momento, de las ideas, toda vez que las relaciones de unas con otras se expresan y formulan empleando un lenguaje que entraña conceptos en cuanto abren la boca."<sup>17</sup>

A esta historia social como "historia de los hombres que viven en sociedad", Hobsbawm prefiere llamarla *historia de las sociedades*. Inspirado en el propio Marx, presenta un "modelo de trabajo" con el que, sostiene, acordarían la mayoría de quienes se denominaban a sí mismos historiadores sociales:

"Se empieza por el entorno material e histórico, se pasa luego a las fuerzas y las técnicas de producción..., la estructura de la economía consiguiente... y las relaciones sociales que nacen de ellas. Éstas podrían ir seguidas de las instituciones y la

17 HOBBSBAM, Eric "De la historia social...", cit., p. 88.

imagen de la sociedad y su funcionamiento que hay debajo de ellas. (...) La costumbre, por tanto, es trabajar hacia afuera y hacia arriba desde el proceso de producción social en su marco concreto. (...) Una vez establecida la estructura, debe verse en su movimiento histórico".<sup>18</sup>

Partiendo de un "tiempo cronológico real", de "fenómenos que realmente ocurrieron", esta historia de las sociedades pretende reconstruir las estructuras sociales, sus lógicas de perpetuación y cambio sin perder de vista que "la historia real es lo que debemos explicar".<sup>19</sup> Esta perspectiva presupone el establecimiento de un orden de prioridades explicativas que den cuenta del vínculo principal que entretiene los distintos niveles estructurales. Para los historiadores marxistas, como el propio Hobsbawm, el vínculo central está constituido por el entorno material, "los movimientos económicos (en el sentido más amplio de la palabra)",<sup>20</sup> y las relaciones sociales que engendran; los historiadores de la corriente de *Annales*, especialmente los representantes de la segunda generación con Braudel a la cabeza, recurren a una conceptualización de la temporalidad en tres dimensiones, estructura, coyuntura y acontecimiento, para dar cuenta de las dinámicas diversas que rigen en una misma sociedad, no obstante dan prioridad explicativa al nivel estructural —conformado por fenómenos de larga duración como el vínculo de los hombres con su medio ambiente y las estructuras mentales. Otros enfoques totalizadores han naufragado, sin embargo, a la hora de encontrar un principio ordenador, tal el caso del británico Peter Burke quien no logra superar la mera enumeración al definir la historia social como "la historia de las relaciones sociales; la historia de la estructura social; la historia de la vida diaria; la historia de la vida privada; la historia de las solidaridades sociales y los conflictos sociales; la historia de las clases sociales; la historia de los grupos sociales...".<sup>21</sup>

18 "Las tensiones a que se ve expuesta la sociedad en el proceso de cambio histórico y transformación permiten luego al historiador revelar, en primer lugar, el mecanismo general por medio del cual las estructuras de la sociedad tienden simultáneamente a perder y restablecer sus equilibrios, y, en segundo lugar, los fenómenos que son tradicionalmente objeto del interés de los historiadores sociales: por ejemplo, la conciencia colectiva, los movimientos sociales y la dimensión social de los cambios intelectuales y culturales." HOBBSBAWM, Eric "De la historia social...", cit., p. 93-94.

19 HOBBSBAWM, Eric "De la historia social...", cit., p. 92.

20 HOBBSBAWM, Eric "De la historia social...", cit., p. 94.

21 BURKE, Peter *Sociología e historia*, Alianza, Madrid, 1980, p. 35.

El abanico de temas y problemas que han interesado a la historia social, en particular desde los años '50, y que Hobsbawm se encarga de reseñar abarcan desde la demografía y el parentesco, los estudios urbanos, las experiencias de grupos particulares y clases sociales, las mentalidades o culturas, los procesos de transformación de las sociedades —transición hacia el capitalismo, revolución industrial, modernización— hasta los movimientos sociales y la protesta social en general. En esta enumeración es preciso incluir los estudios sobre historia de las mujeres, una de las zonas que mayor impulso recibió enmarcada en esta nueva concepción de la historia, y que constituye una ausencia muy significativa en el estado de situación, por lo demás exhaustivo, de Hobsbawm.<sup>22</sup>

El próspero avance de estas áreas guarda estrecha relación con la aplicación de los nuevos enfoques teóricos en el análisis de las fuentes documentales tradicionales y, principalmente, con la ampliación de la búsqueda documental. Alentada por las nuevas preguntas y nuevos problemas, la historia social apeló a un espectro documental sumamente amplio, incluyendo inventarios domésticos, testamentos, registros parroquiales, cartas, prensa periódica, fondos fotográficos y fuentes orales, entre muchos otros.

Así entendida, la historia social constituyó un cambio profundo y favorable respecto a la historia historicista, proveyó de claves interpretativas para comprender los fenómenos colectivos, los procesos de cambio y permanencia de las estructuras sociales en tiempos largos. Frente al qué y al cómo de la historia política, la historia social se preguntó por el porqué y extendió su campo de interés a objetos que precisaban de una organización serial y analítica de las fuentes más que una "comprensión hermenéutico-individualizadora".

### Balance y perspectivas actuales

En las décadas que nos separan del auspicioso balance de Hobsbawm, elaborado en el momento de plena expansión de la historia social, el contexto histórico internacional se vio profundamente transformado con el ascenso de gobiernos conservadores en las principales naciones capitalistas y, especialmente, por el derrumbe de los regímenes del "socialismo real" en los prime-

22 Décadas después, en una reedición de su ensayo, originalmente escrito para una conferencia sobre "Los estudios históricos hoy" en 1971, Hobsbawm intentaba subsanar el error alegando lo incipiente de esta línea de investigación y haciendo partícipe de su ceguera a "los más distinguidos de la profesión", todos varones, que formaban parte de la audiencia. El derrotero de la historia de las mujeres como campo de estudios es abordada en otro capítulo de este libro.

ros años noventa –dando fin a su vez al referente “real” de la posibilidad del cambio revolucionario. Acontecimientos que fueron interpretados por algunos como la “derrota” del marxismo, en tanto pensamiento político y modelo teórico, y proclamaron el “fin de la historia”, a modo de afirmación ideológica del capitalismo como régimen mundial.

En las ciencias sociales, este avance conservador se traduciría en una creciente desconfianza respecto de las explicaciones totalizadoras o estructurales; para la historia implicaría el descrédito de los intentos de producir “grandes relatos”. Así, en la historia social se profundizaría una tendencia ya presente en sus orígenes: la dispersión temática y teórica que condujo a numerosos callejones sin salida y dejó a muchos desalentados por el camino.

El postestructuralismo en el plano teórico, el retroceso del pensamiento de izquierdas en el escenario político –que había sido un gran inspirador de las vertientes “desde abajo” de la historia social– junto con una cierta estabílización institucional –lograda, en muchos casos, tras años de marginalidad académica– hicieron que aquellas tendencias totalizadoras que buscaban dar cuenta de la sociedad como un todo integrado y en movimiento fueran perdiendo fuerza y centralidad entre los historiadores y emergieran relatos fragmentarios, de pequeña escala y, en muchos casos, desconectados del nivel macrohistórico. Si bien persiste en la actualidad cierta incertidumbre respecto al futuro –hay quienes evalúan la situación como “crítica”, “frágil”, o incluso plantean que “en este momento la historia social está luchando por su supervivencia”<sup>23</sup>–, es posible rastrear en algunas propuestas elementos esperanzadores.

El historiador británico Geoff Eley, en un artículo dedicado a dar cuenta de las modificaciones y nuevas influencias que ha recibido la disciplina hacia mediados de los años '90, considera la difusión del postestructuralismo en las ciencias sociales como parte de los factores intervinientes en este “flujo subterráneo” que fuera transformando los modos de entender y producir historia social. En primer lugar, Eley señala la importancia de la teoría de género como transformadora de “las bases desde donde pensamos la historia”<sup>24</sup> en áreas como la historia del trabajo, la formación de clases, ciudadanía y espacio público, nacionalismos y fascismos, entre muchos otros. Por otro lado, la “omnipresente influencia de Foucault” –su teorización sobre la “microfísica

23 Al respecto puede consultarse el dossier “¿Qué entendemos hoy por historia social?”, en *Historia Social*, n° 60, Valencia, 2008.

24 ELEY, Geoff “¿El mundo es un texto? De la Historia Social a la Historia de la sociedad dos décadas después”, en *Entrepassados*, n° 17, Buenos Aires, 1999, p. 86.

del poder” y los regímenes discursivos –que se ha dejado sentir en los estudios sobre sexualidad, cárceles, hospitales, asilos y políticas de salud pública, así como en las indagaciones sobre la conformación de saberes y disciplinas científicas.

Por último, los estudios culturales como “emergente formación transdisciplinaria” –reúne representantes de la sociología, la antropología, la teoría literaria, y en menor medida la historia– que se ocupan fundamentalmente de fenómenos sociales más cercanos en el tiempo: “la cultura del consumo; las economías del placer y el deseo; el crecimiento del trabajo serial en las tecnologías visuales de cine, fotografía, video y televisión y otros medios comerciales como la propaganda, los comics y revistas; la relación de las mujeres en particular con los géneros de lectura popular...”<sup>25</sup>

Las bases explicativas de esta renovada historia social estarían más vinculadas al lenguaje y el discurso, en consonancia con la vigencia del llamado “giro lingüístico”, lo cual, para algunos autores, derivaría en una “batida en retirada” de la *clase* como categoría.<sup>26</sup> En cambio, la historiadora norteamericana Natalie Zemon Davis sostiene, con una mirada más optimista, que se ha producido un corrimiento del foco de interés hacia los “factores culturales”, entendidos como “los medios de transmisión y recepción, las formas de percepción, la estructura de los relatos, los rituales u otras actividades simbólicas y la producción de los mismos”.<sup>27</sup> A su vez, el modo de trabajar con dichos fenómenos presenta variaciones, con un énfasis mayor en el trabajo de “traducción” o “interpretación” por sobre el establecimiento de correlaciones y los análisis cuantitativos. Por otro lado, el *acontecimiento* ha reingresado en la historia como instancia de cruce entre “lo estipulado y lo contingente”, en tanto permite dar cuenta de “la manera en que los criterios culturales acaban siempre modelando los procesos sociales.”<sup>28</sup>

Debe señalarse que este enfoque *cultural* no estaba totalmente ausente en la “historia social clásica”, las obras de los primeros *analistas* y algunas vertientes de la historiografía marxista británica dan buena cuenta de ello; no obstante, los desarrollos actuales introducen un nuevo camino al pretender desentrañar la combinación de las *múltiples* dimensiones de la desigualdad so-

25 ELEY, Geoff “¿El mundo es un...”, cit., p. 89.

26 Véase CHACÓN, Francisco “La revisión de la tradición: prácticas y discurso en la nueva historia social”, en *Historia Social*, n° 60, Valencia, 2008.

27 ZEMON DAVIS, Natalie “Las formas de la historia social”, en *Historia Social*, n° 10, Valencia, primavera-verano 1991, p. 177-178.

28 ZEMON DAVIS, Natalie “Las formas de...”, cit., p. 177.

cial —más allá de la clase, incorporan el género, edad, origen étnico, creencia religiosa. Desde este enfoque, una historia social “actualizada” que recupere críticamente lo mejor de su propia tradición e intente sostener un diálogo maduro con las demás ciencias sociales se ocupará ahora menos de las “estructuras” y más de las “prácticas” “pues es en la práctica donde tiene lugar la intersección entre lo discursivo y la iniciativa y acción individual.”<sup>29</sup>

Si bien parece no haber consenso entre los historiadores respecto a la potencialidad del sendero que ha tomado la historia social en la actualidad, aún hay quienes afirman que “el clima intelectual se está transformando y la historia social está conquistando nuevos terrenos. Es todavía —o incluso, es de nuevo— un buen momento para ser historiador social.”<sup>30</sup>

Antonio Gramsci

## La historia social radical: el marxismo británico

DÉBORA CERIO

“Pero la realidad está llena de las más extrañas combinaciones y es el teórico quién debe hallar en esta rareza la confirmación de su teoría, “traducir” en lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no, a la inversa, presentarse la realidad según el esquema abstracto.”

### El rescate de la gente común: historia y compromiso.

“¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?” se pregunta un obrero imaginario al observar la barbarie escondida tras los documentos de una cultura que el saber hegemónico siempre ha representado como la obra de unos pocos. “En los libros están los nombres de los reyes. ¿Fueron ellos, pues, quienes levantaron los bloques de piedra?”. Corría el año 1936 y, envolviéndolo en los pliegues de la poética, Bertolt Brecht componía un alegato a favor de una nueva perspectiva para la interpretación del pasado. Algunos años después, la historiografía marxista inglesa lo recuperaría en clave de un proyecto colectivo. Y no es que este llamamiento a la subversión de un relato donde los grandes hombres han eclipsado a sus protagonistas anónimos no hubiera tenido precursores: si, como ha planteado Eric Hobsbawm, la historia de la gente corriente pudo existir a partir del momento en que ésta se convirtió en un factor constante en la toma de grandes decisiones y acontecimientos políticos, los estudiosos de los movimientos de masas del siglo XVIII —Jules Michelet el primero de ellos— podrían ser los pioneros de esta tendencia. La historia de la Revolución francesa fue, de hecho, el primer laboratorio para el ensayo de sus temas y métodos y la historiografía gala, la que ya en las décadas inaugurales del siglo XX aventuró sus primeras orientaciones.<sup>1</sup> Referencias en este sentido podrían ser tanto los trabajos provenientes del grupo reunido en torno a la revista *Annales* como los que se encuadran en la tradición del materialismo histórico. Un antecedente geográficamente más

29 CHACÓN, Francisco “La revisión de...”, cit., p. 154.

30 KOCKA, Jürgen “Historia social — un concepto relacional”, en *Historia Social*, nº 60, Valencia, 2008, p. 162.

1 HOBBSBWM, Eric “La historia desde abajo”, en *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998, p. 206.